

1

UNIVERSIDAD, COMUNICACION Y FE

Luis Alberto Luna Tobar ocd.

La publicación de una revista universitaria conjuga términos cargados de significado y trascendencia. Se deben encontrar en esa revista la misión social de las comunicaciones en el compromiso comunitario de una auténtica universidad. La conjugación de valores tan exigentes no puede realizarse sino en clima de mucha sinceridad. Si a estos términos sustantivos se les adjunta la determinante específica de nuestra universidad, su cualidad de católica y pontificia, nos encontramos frente a un propósito difícil, cuya ejecución exige valentía académica y decisión científica. Si sea posible pedirles lo primero a las academias y si es posible admirar una ciencia que no sea decidida, es asunto que lo clarifica la historia y la historia es la síntesis viva de todo magisterio y toda ciencia entroncada con la existencia. Solamente falta sinceridad en el análisis de lo vivido para aceptar estas realidades indiscutibles.

La Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede en Cuenca, me ha pedido una introducción para el primer número de su revista académica y encuentro que debo asumir este compromiso desarrollando en síntesis el pensamiento de la Iglesia católica sobre los valores anteriormente enunciados, en cuanto se reflejan y viven en una auténtica universidad: la antropología y la teología de la comunicación y de la educación -que es la más noble suerte de comunicación-, en cuanto se realizan en un claustro universitario.

*

* *

En el discurso pronunciado por el Pontífice, Juan Pablo 11, en París, ante la UNESCO, el día 2 de junio de 1980, dijo:

No se puede concebir una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana; pero en el campo cultural, el hombre siempre es el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura (No. 8).

Este denominar y definir al hombre, *hecho primero y primordial de la cultura*, implica una relación de categorías ónticas, con experiencias históricas, que el Papa se había solazado en recordarles como premisa de sus afirmaciones. El dijo:

El hombre vive una vida verdaderamente humana, gracias a la cultura. La vida humana es cultura..... La cultura es modo específico de existir y del ser del hombre. El hombre vive siempre según una cultura, que le es propia y que a su vez crea entre los hombres un vínculo propio, determinando el carácter interhumano y social de la existencia humana.

En la universidad de la cultura, cual modo propio de la existencia humana, se arraiga al mismo tiempo la pluralidad de las culturas, en el seno de la cual vive el hombre..... El hombre, el cual, en el mundo visible, es el único sujeto óntico de la cultura, es también su único objeto y su término. La Cultura es aquello por lo que el hombre, es tanto que hombre, es más hombre, "es" más, accede más al "ser". Es ahí también donde se funda la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria con lo que "es" el hombre; mientras su relación con lo que "tiene", con su "tener", es no solamente secundaria, sino totalmente relativa (Nos. 6 y 7).

Este hombre, "actor y artífice de la cultura", "se expresa y objetiva en y por la cultura" (No. 8). La cultura como expresión del ser y revelación relativa del tener humano, le vincula al hombre con la historia, cuyo desarrollo es testigo de la supervivencia del ser y de la contingencia del tener. Es misión específica del proceso cultural la permanente calificación de los valores trascendentales y una suerte de comparación vivida de su vigencia "única, completa e indivisible" (No. 8), con las posesiones o el "tener" pasajero, que hace historia, pero no la constituye. Dentro de este proceso cultural calificador de valores, pasan todos los elementos del desarrollo social, sujetándose a valoración. La cultura hace modelos de necesidad, de producción, de consumo, de inspiración, de investigación, de toda la inmensa gama de realidades espirituales y materiales, vecinas al hombre. El sigue siendo, por cima de toda apariencia, el valor sustantivo, "el sujeto óntico de la cultura" (No. 6).

Ubicados en esta dimensión intelectual de la importancia del hombre y dándole adecuación a las medidas cortas de nuestro espacio social, la comunidad pastoral de la arquidiócesis de Cuenca, describió su pensamiento sobre la educación de nuestros hermanos, en estos términos sociales y personales, que rezuman la doctrina pontificia en expresiones comarcanas, definidamente humanas y cristianas; en el Numeral 13 de nuestro Plan de Pastoral, señalamos después de anunciar la exigencia indiscutible del derecho de todo ecuatoriano de ser educado: "Recordemos que la educación evangelizadora debe humanizar y personalizar al hombre, integrándolo al proceso social latinoamericano, ejerciendo la función crítica propia de la verdadera educación, que posibilite la creación de una nueva sociedad participativa y fraterna, es decir una educación para la justicia y el servicio de la comunidad". Esta síntesis de doctrina pastoral y pedagógica es fruto de meditaciones que nos han llevado desde la escuela hasta la universidad, a la luz de las inspiraciones evangélicas que, en los últimos documentos de la Iglesia, son meridianas en todo orden de la entrega de la Buena Nueva y muy singularmente, en cuanto se refiere al destino renovador de la Universidad. Entre las Opciones Pastorales, con las que el episcopado ecuatoriano respondió a Puebla, en 1980, y el documento de Puebla y su antecesor de Medellín, existe una línea de convergencias pedagógicas que determinan una sola raíz, Vaticano II, en la constitución "Gaudium et spes" y en el decreto "Gravissimum educationis".

Opciones Pastorales dicen (194):

La universidad Católica debe ser medio de servicio permanente a toda nuestra sociedad ecuatoriana, teniendo presente las necesidades de nuestro pueblo y constituyéndose en fuente de irradiación del pensamiento doctrinal cristiano.

Este compromiso lleva a otra evidente y lógica exigencia comprometedora para una Iglesia que debe decidirse (O.P. 196) a "promover y defender la dignidad de la persona humana y asumir, como cristianos, la luz del mensaje de Cristo, nuestra responsabilidad en la construcción de una sociedad justa y humana". Este plan educativo supone, según los obispos ecuatorianos, "convertir al educando en sujeto de su propio desarrollo y al servicio de la comunidad".

La definición eclesial ecuatoriana sobre la orientación de nuestra educación responde con exactitud a la doctrina y experiencias vividas por toda América Latina creyente, a partir de Medellín, que suscita fe en la educación liberadora y de Puebla que nos determina por la línea evangelizadora de la educación. Sentimos necesidad de concretar estas dos especificaciones pastorales y pedagógicas, resumiéndolas en los párrafos más ilustrativos de ambos documentos.

Medellín dijo en su Conclusión II 8:

Nuestra reflexión..... nos conduce a proponer una visión de la educación, más conforme con el desarrollo integral que propugnamos para nuestro continente; la llamaríamos "educación liberadora", esto es, la que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo. La educación es efectivamente el medio clave para liberar a los pueblos de toda servidumbre y para hacerlos ascender "de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas" (Populorum progressio 20) teniendo en cuenta que el hombre es el responsable y el "artífice principal de su éxito o fracaso" (Ibidem 15).

Desde esta visión alentadora de la educación, la Iglesia da pasos muy definidos y seguros en su pastoral latinoamericana y en Puebla anuncia la educación evangelizadora, en estos términos:

La educación evangelizadora asume y completa la noción de educación liberadora, porque debe contribuir a la conversión del hombre total, no sólo en su yo profundo e individual, sino también su yo periférico y social, orientándole radicalmente a la genuina liberación cristiana que abre al hombre a la plena participación en el misterio de Cristo resucitado, es decir, a la comunión fraternal con todos los hombres, sus hermanos (1026).

*

* *

Los orígenes contemporáneos de los términos con los que se califica a la educación de estos documentos -educación liberadora y educación evangelizadora-, son vaticanos. Nacen en uno de los docu-

mentos más fecundos del Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, cuya riqueza pedagógica es inmensa. Valdría la pena un largo análisis de los valores humanos a la luz de este estudio de Iglesia, en el que la examina *al hombre integral, en la plenitud de su naturaleza y m vocación* (No. 3). Compuesto un cuadro verídico de la realidad ambiente y profundizando sobre los orígenes y logros de los grandes cambios sociales que estamos viviendo y de su incidencia en la mentalidad de hoy, especialmente en la juvenil, el documento vaticano se encara con los desequilibrios de nuestra generación, sobre todo de la juventud y afronta el riesgo de definir cuáles son las aspiraciones más universales de la humanidad y los más profundos interrogantes del hombre (Nos. 4 al 10).

La Iglesia se contesta a sí misma respondiendo a estas cuestiones de ambiente y recoge en los signos de los tiempos las pautas de su conducta de Madre y Maestra, dedicando toda la primera parte de "Gaudium et spes" al descubrimiento de una relación viva, sustantiva, entre la fe religiosa y la vocación del hombre. La primera tesis de esta parte (Nos. 11 al 45) versa sobre la dignidad de la persona, el sentido de la comunidad y la actividad del hombre en el mundo. En el análisis de la dignidad de la inteligencia de la que se afirma *que no se limita a la investigación del mundo sensible, sino que alcanza la realidad inteligible y tiene su cima de sabiduría*. Estos objetivos fundamentalmente de la dignidad intelectual del hombre, son por sí mismos metas de toda educación, con el requisito previo y sustancial de entroncarlos oportunamente con la comunidad y con el servicio de la sociedad. Desde aquí inicia Vaticano II la relación de la educación liberadora y desde aquí comienza la conexión de la Iglesia con la educación para la vivencia personal y la difusión comunitaria de la verdad evangélica: educación evangelizadora (Nos. 23 al 39).

Cimentada antropológica y teológicamente la misión educadora de la Iglesia, ella analiza en *Gozo y esperanza* algunos problemas más urgentes de la sociedad actual y entre ellos el del "sano fomento del progreso cultural", con el cual enfrenta todo cuanto puede descubrirse como actuales problemas, fundamentales principios y obligaciones más urgentes de la promoción de la cultura. En estos dos últimos términos se encuentran precisamente aquellos que han originado la larga exposición que venimos haciendo: comunicación social y cultura, de la que el máximo exponente fue, es y debe ser la universidad, más aún la católica.

No es difícil reconocer que vivimos un nuevo humanismo, un florecimiento del valor humano: la cultura es una definición de esa realidad (Nos. 53 y ss.). Esta situación inteligente determina cambios fundamentales de vida y exigencias científicas en servicio de ella. El hombre, artífice de la cultura (No. 55), encuentra que el camino de su desarrollo está en la autonomía y en la corresponsabilidad y se educa para ellas. Esta implica un diálogo, con frecuencia difícil, entre personalidades y culturas, entre estilos y tendencias, entre visiones y exigencias reales. De esta entremezcla de valores comunes y personales, de necesidades individuales y colectivas, de culturas diversas y necesidades distintas, nacen conflictos culturales hondos y, especialmente, en relación con la más "sana promoción de la cultura", de su socialización.

En este límite de relaciones culturales, surge el posible conflicto y, por el contrario, el acuerdo lógico entre fe y cultura. Tanto el acuerdo lógico como los eventuales conflictos deben ser enfrentados con inteligencia, sin miedos, con humildad científica realista, con universidad y nitidez de miradas. Es muy castizo y significativo el término "universidad", utilizado en el sentido de amplitud y profundidad entremezcladas (Nos. 57 al 59). En esa amplitud y profundidad se vive y piensa en dos dimensiones conectables: ciencia y fe.

No puede olvidarse que ciencia y fe se han de encontrar en un mundo determinado y que ese mundo está siempre definido por su cultura. Por eso la Iglesia se contestó a sí misma, en cuanto se había propuesto en *-Gaudium et spes-*, con un decreto sapientísimo, lleno de concreciones reales *"-Gravissimum educationis-*", en el que dedica a la Universidad una verdadera suma pedagógica, académica y disciplinar en un sólo numeral: el 10. En este numeral hay dos partes ricas, que extractamos; la primera, define la Universidad Católica; la segunda, anuncia sus efectos socio-culturales.

Como definición de la Universidad nos dice que:

La Iglesia atiende con desvelo..... a las Universidades..... y las que dependen de ella..... procura organizarlas de modo que cada disciplina se cultive según sus propios principios, sus propios métodos y la propia libertad de investigación científica, a fin de que cada día sea más profunda la comprensión que de ella se

alcance y, teniendo en cuenta con esmero las investigaciones más recientes del progreso contemporáneo, se perciba con profundidad mayor cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad.

En este modelo universitario, la Iglesia piensa que se puede llegar a los siguientes efectos:

De esta manera puede lograrse una como presencia pública estable y universal del pensamiento cristiano en todo el afán por promover la cultura superior y los alumnos de estos institutos pueden formarse como hombres de auténtico prestigio por su doctrina, preparados para desempeñar las funciones más importantes en la sociedad y testigos de la fe en el mundo.

*

* *

Es indiscutible que, entre los testimonios de la definición propia vivida por una universidad, pocos son tan explícitos y elocuentes, como aquellos que se retienen en un órgano de promoción cultural adecuado: el libro o la revista.

La comunicación social presente valora la revista en todas sus dimensiones de testimonios y fundamento. No podemos negar que la revista es prueba testimonial apodéctica del valor de quien la promueve y mantiene. Por otra parte, si el libro es logro consumado de una visión, la revista no deja de tener una misión fundamental en la contextura de los pensamientos que hacen el acervo doctrinal universitario: lotes con los cuales se integra, poco a poco, la indivisible área cultural universitaria. Tener acceso al lote, ubicarse por su intermedio en el área total e integrarse de esa manera, en el espectro total universitario, es parte del mundo de aspiraciones legítimas de la cultura del hombre-sociedad y no podemos negar que la síntesis cultural de este hombre-sociedad es y está en "universitas"; por allí se descubre una bella relación humana del mundo de la cultura: una palabra no compone una frase, pero está en la frase; un pensamiento no hace doctrina, pero está en la doctrina; una definición no hace ciencia, pero está en la ciencia; el ánimo de búsqueda llega hasta el encuentro y se queda en él; una revista no hace cultura, pero la revela; una universidad no hace la historia, pero está en ella; el hombre no es cultura, ni historia por sí solo y en cuanto número; pero sin el hombre no hay comunicación, no hay cultura ni hay historia.

Este es el pensamiento cristiano universitario y el fundamento de la comunicación cultural liberadora y evangelizadora.